

gativa. No os hablarán, no os ayudarán, no os contestarán, no serán amigables. Y, evidentemente, no os proporcionarán el material que buscáis” (p. 39).

*Viajes con Heródoto* nos hace comprender la raíz más profunda de la vida ejemplar de Kapuscinski. Tal vez el polaco idealizara al historiador griego, como seguramente nosotros su trabajo periodístico. Pero lo cierto es que la lectura de este magnífico libro nos permite comprender las semejanzas entre ambos viajeros en la forma de concebir la vida como un continuo salir de uno mismo e ir hacia el otro. Kapuscinski emula un modo de vida austero y sencillo que proyecta en el personaje de Heródoto: “Vive la vida en toda su plenitud, no le incomoda la ausencia del teléfono y del avión, ni siquiera le puede preocupar el hecho de no tener una bicicleta... La vida del mundo y de él mismo tiene su propia fuerza, una energía autosuficiente e inagotable. Debió de ser un hombre afable, relajado, bien dispuesto hacia el prójimo, pues sólo ante personas así los extraños desvelan sus misterios” (p. 248). Los que han tenido la oportunidad de conocer y tratar personalmente a Kapuscinski describen su temperamento en términos muy parecidos a estos que él atribuye a Heródoto. El propio Ryszard reconoce que “la continua lectura de su obra, incluso cierta forma de relación familiar con ella, ha empezado a ejercer sobre mí un extraño influjo que no sé definir con exactitud” (p. 245).

Al final de nuestro viaje con Kapuscinski caemos en la cuenta de que las digresiones biográficas sobre Heródoto son, en pureza, retazos de una autobiografía marcada por el irreparable paso del tiempo: “Vive la vida con plenitud, recorre el mundo entero, encuentra un sinfín de personas y escucha cientos de historias; es un hombre activo e incansable, siempre en movimiento, siempre en busca de algo y ocupado en algo. Le gustaría comprender y aprender tantas cosas, desvelar tantos misterios, solucionar tantos enigmas, responder a una larga letanía de preguntas, pero lisa y llanamente le falta tiempo; no tiene tiempo

ni fuerzas, simplemente no le alcanzan, siempre se le hace tarde como se nos hace tarde a nosotros, ¡la vida del ser humano es tan corta!” (pp. 245-246). Cerramos *Viajes con Heródoto* y respiramos hondo. Nos invade una duda, una inquietud. El tiempo se está yendo, ¿estamos en marcha?

Ignacio Blanco  
Universidad CEU San Pablo

---

## El saqueo de la imaginación

---

Irene Lozano

Editorial Debate

Madrid, 2008

228 p.

ISBN: 978-84-8306-774-1

Irene Lozano (Madrid, 1971) se ha especializado en investigar y exponer el impulso que contienen las palabras y la violencia que ejercemos sobre ellas. Lo hemos visto en sus libros anteriores, “Lenguaje femenino, lenguaje masculino” (1995) y “Lenguas en guerra” (2005). Y lo estamos viendo ahora en “El saqueo de la imaginación”, título que no se dejará atrapar por todos (por más que sea muy plástico), pero que encuentra una mayor explicitación en el subtítulo, “Cómo estamos perdiendo el sentido de las palabras”.

Justamente de eso se trata. No de que a los hablantes se nos esté escapando la auténtica significación de las palabras, sino de cómo algunos de quienes nos dirigen o nos exprimen consiguen forzar su contenido para rellenarlo con el que a ellos les resulta ventajoso para sus fines. Y, vis-

tos los mensajes que nos llegan continuamente, hay que concluir que son verdaderos maestros en ese arte, porque están logrando que nos tragemos todas sus mentiras. Es cuestión de lanzar mensajes falsos, como si se tratara de la verdad más asentada. E insistir sin enrojecer, porque saben que terminaremos creyéndoles. Si quienes tienen más fuerza se empeñan, una palabra terminará significando lo que ellos quieran. Ni más ni menos. Ya lo dijo Carroll a través de Humpty Dumpty: “La cuestión es quién manda. Eso es todo”.

Ejemplos recoge muchos la autora, pero es que no resulta difícil obtenerlos en una sociedad como la nuestra, donde algunos se han especializado en la tergiversación de las palabras y, por este camino, de las ideas, de los mensajes. Cuando una multinacional asegura que no aspira a hacer dinero, sino a cambiar el mundo, ¿qué podemos pensar? Si los directivos de un banco español exponen las actividades que emprenderán y añaden que su único deseo es “ayudar a la gente en su tiempo libre”: ¿cómo no creerles? Pero es que no es verdad, en absoluto. Sería un mensaje lícito si esa tarea la efectuaran gratuitamente, llevados por un afán altruista, ¿pero quién puede pensar que su planteamiento empresarial sea ese? Ambos ofrecen unos servicios y cobran por ello, ¿a qué intentar “vendernos” una actitud que está bien lejos de ser cierta, obligando a que un hablante normal lo interprete en la dirección a la que ellos le empujan?

Lo mismo ocurre con el vocabulario político. Parémonos a pensar en la carga malintencionada que se deposita a veces sobre un término tan habitual y omnipresente como es “democracia”. A estas alturas, si no lo adjetivamos ya no sabemos a qué nos estamos refiriendo exactamente, porque lo doblamos, lo retorremos, lo acomodamos a lo que nos interesa (bueno, nosotros, no: ellos). O tenemos que duplicar la palabra para que nuestro interlocutor sepa que no estamos hablando de sucedáneos, sino de la auténtica, de “democracia democracia”. ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!, podríamos parafrasear nosotros.

Con finura señala la autora que la democracia no es una realidad que puede aparecer en solitario, desgajada de las libertades en las que se inserta y a las que presta su apoyo. “La piedra de toque para saber si un régimen cumple o no los requisitos que permiten denominarlo democrático no son las elecciones, sino la vigilancia de las libertades, para la cual resulta imprescindible a su vez la separación de poderes y un mecanismo de controles y equilibrios en su reparto” (p. 84), apunta. Sin el respeto a los individuos y sin un ejercicio riguroso de los derechos (tanto individuales como colectivos) nos encontraremos que tenemos la carcasa en nuestros brazos, pero la masa que le daba consistencia se ha licuado y se deslizó entre nuestros dedos. Sobrarán todas las formalidades, porque su cumplimiento no ha impedido que algunos políticos llegaran al poder para ejercerlo de forma despótica, amoldando las leyes e instaurando un lenguaje distinto. Con esas habilidades hasta han conseguido pasar por benefactores y recibir el reconocimiento público.

Si lo único que le está permitido al ciudadano es votar cada cuatro años y soportar que en ese tiempo los gobernantes puedan disponer libremente del mandato otorgado; si nos empeñamos con esta y otras marginaciones en quitarle sustancia a la democracia; si cada vez el poder ejecutivo acumula mayor carga de facultades frente a los otros poderes; si las campañas electorales se convierten en pura manipulación y estafa al electorado, porque de antemano se sabe que le adularán o simplemente le mentirán, no es extraño que se produzca el desinterés público en relación con las cuestiones que a todos atañen. De ahí una aguda observación de la autora: cuando ocurre esa depreciación de la democracia, “el consumo viene a satisfacer con mucha mayor eficacia las exigencias de los espíritus democráticos: la sucesión de elecciones libres se materializa a cada paso en el centro comercial, donde se eligen unos zapatos, una película y una cura de adelgazamiento en una mañana” (p. 128). Todos contentos: el ciudadano, feliz en

esa vorágine del consumo; el gobernante, campando por sus respetos, sin que el control social recorte sus alas ni le imponga condiciones que en ocasiones no le conviene o es costoso cumplir.

También nos interesa aquí el análisis que Irene Lozano lleva a cabo en relación con las palabras que la autoridad utiliza y manipula. El asunto viene de lejos. Cada época deja su impronta en las palabras y es posible seguir el rastro del poder –a poco tiempo que se ejerza y por poca presión que se imponga- en el vocabulario que se esparce, porque el pueblo no tarda en hacerlo suyo, en ocasiones sin pretenderlo y aun oponiéndose a las ideas que subyacen. De esa manera queda constancia de la dirección que toman los significados y es posible estudiarlo para comprobar la sutilidad de las imposiciones.

Pero en nuestros días ya no es cuestión de habilidad ni de intuiciones, sino que todo responde a un plan mucho más sofisticado, que no deja ninguna partícula al azar. Los imperios (pero también algunas naciones insignificantes) estudian con el mismo celo las acciones que van a emprender como las denominaciones bajo las que serán presentadas ante la opinión pública. ¿Es que era lo mismo “exterminio” que “solución final” para los fines que pretendía Hitler? ¿Es que puede denominarse “guerra de liberación” la que ha llevado a la ocupación de Irak? ¿Las acciones que ha emprendido el presidente Bush responden exactamente al patrón anunciado de “promover la causa de la libertad política y económica en el exterior”? ¿Tienen algo que ver las megalómanas consignas de déspotas como Castro o Chávez con la realidad que impulsan? Pero una y otra vez caemos en las trampas lingüísticas que nos tienden todos ellos, porque la fuerza del poder es tanta que el ciudadano común se encuentra inerme para hacerles frente.

Alguien puede pensar que eso es algo que siempre ocurre lejos de nuestras fronteras y que no caben semejantes añagazas en el nivel doméstico en que se mueven nues-

tros políticos. No es cierto, claro está. Es una lástima que la autora no haya llegado a tiempo de dedicar un capítulo a la pretensión del presidente Rodríguez Zapatero (por otra parte, fallida) de eludir verbalmente la existencia de una crisis económica en nuestra sociedad. Mientras saltaban una tras otra todas las alarmas (parón en la construcción, inflación, paro...) seguía negando con tesón digno de mejor causa el que fueran indicadores de una grave situación que perjudicaba a nuestra economía y, por tanto, al entramado social (a los ciudadanos, vaya). Seguía hablando de desaceleración, estancamiento, recesión, no sé si de “crecimiento negativo”, de cualquier cosa menos de crisis. Era el término nefando, el que no podía ser nombrado, porque de esa manera no se produciría. Al final, con expresiones que no tienen desperdicio para un análisis de los vericuetos mentales por donde escapan los verdaderos sentidos de las palabras, vino a decir: Pero, hombre, qué importancia tiene el que hablemos o no de crisis, si se trata tan solo de una discusión académica. Es como si el criminal que está siendo juzgado ante un tribunal se escudara con que todo aquello de lo que hablaban el fiscal y el defensor (homicidio, asesinato...), de lo que se deducirá la condena que se le imponga, fuera una mera cuestión de términos, “una discusión académica” (¿qué idea tendrá el presidente de lo que discuten los docentes e investigadores universitarios?).

Alasdair MacIntyre escribió que “alterar los conceptos, ya sea modificando los existentes, inventando otros nuevos o destruyendo los viejos, es alterar el comportamiento”. “Ninguna sociedad sale indemne de una mistificación tan profunda de sus valores”, concluye Irene Lozano. Es lícito jugar con las palabras, pero no lo es engañar con ellas, falsear la realidad o lograr que digan lo contrario de lo que tiene derecho a esperar un hablante normal.

Juan Cantavella  
Universidad CEU San Pablo